

# IDEAS Y OPINIONES

## ¡POBRES CAPACIDADES!



Hablábamos con un hombre ponderado y reflexivo, no con un botarate—como hay tantos desde arriba hasta abajo—pero tupido, como casi todos los españoles de hoy, de un miedo loco a lo desconocido de mañana. Y hablábamos de la aventura marroquí. Y no aventura quijotesca.

El pobre hombre nos aducía nuestros..., es decir, ¡nuestros no! sino los compromisos del Reino de España con Francia y el acta de Algeciras, firmada no ya sin consentimiento, más sin conocimiento previo del pueblo español, en diplomacia clandestina, y añadía que no pudiendo a la larga reducirnos a unas plazas costeras, el abandonarlo todo era declarar nuestra impotencia. (La nuestra, no; la del Reino). El pobre hombre se había hecho ilusión de que pasara el Reino de la primera de las potencias de segundo orden a la última de las de primero, de cabeza de ratón a cola de león. Su modo de razonar nos dió pena al darnos la medida media del nivel mental a que se ha caído en esta España entregada a botarates y a sus serviles y más botarates que ellos.

Pero luego el pobre hombre nos descubrió otro flaco y el verdadero motivo de su sentimiento. "Si—nos dijo—esta aventura, como la llaman ustedes, es ruinosa y absurda acaso, pero los que piden su abandono total son los socialistas y afines, los republicanos...", "Los de verdad—le interrumpimos, no los de real orden, no los de S. M.", "Cierto—prosiguió—y en tal estado de cosas el abandono de esa empresa, disparatada y todo como es, significaría una abdicación y el hundimiento del régimen, contando con que entiendo por régimen algo más amplio que la monarquía, lo que se apoya en ella.", "Al revés,—le replicamos.

Y al seguir arguyéndole vimos que el pobre hombre tenía un miedo loco al cambio de régimen por lo que se llama el salto en las tinieblas—cuando nos arrastramos en ellas, y en unas tinieblas lóbregas, fangosas y apestadas—y quería que se mantuviese la aventura como diversión táctica. Y al apretarle nos decía con ojos despavoridos: "¿Pero, y quienes vienen después?", No nos preguntaba: "¿Qué viene después?", ¡no! sino: "¿Quiénes vienen después?", Y ni se refería a hombres, aunque él lo creyese así. Su pregunta quería decir qué representantes de qué intereses, qué apoderados de qué empresas sucederían a los de ahora. Criado y educado en la España de la Restauración, la Regencia y el Derrumbe no creía en hombres, no concebía que en la España de hoy, la de la botaratada pueda haber hombres.

A nuestra frase de los "accionistas del patriotis-

mo," replicaba: "Sí, sí, pero y si vienen los accionistas del socialismo, del internacionalismo o de otro ismo cualquiera...", ¿Y qué le íbamos a decir a ésto? ¿Qué le íbamos a decir nosotros que trabajamos fuera de cotarro, los que no tenemos acciones ni de empresas ni de partidos políticos?

El pobre hombre nos dió pena. El que no nos da pena, sino otra cosa, es otro tipo de español, el de los que se creen capacidades o técnicos y como el pueblo, la masa, no es capaz de reconocerles tales, odian toda democracia y se arriman al despotismo, por torpe y botarate que al déspota le crean, esperando que tenga que confiarse en ellos y premiar su mérito. El pueblo no puede ser su Mecenaz; no tiene ilustración ni cultura suficientes para descubrir su valor.

Este otro tipo de español ¡qué reflexiones no nos ha hecho para movernos a que abandonemos nuestro puesto de deber patrio y nos demos a partido! También estos tienen un miedo pavoroso a lo desconocido del mañana y se preguntan: "¿Quiénes vendrán?", Pero su temor es que no se les llame a ellos. Son los que hacen circular eso de que la democracia es el reinado de la incapacidad, o más bien de la medianía y de la audacia y de la retórica, pero es porque ellos se creen los capaces y los enterados. "Antes reconocerá el príncipe que no el pueblo mi mérito,—se dicen—. Y entre ellos hay que se llaman a sí mismos radicales.

Los genios desconocidos o mal comprendidos—según ellos creen—se están haciendo serviles. Su servilidad es la del silencio; callan cuando deberían hablar. O tratan de justificar lo injustificable. Entre esas capacidades a juicio propio es donde más hemos encontrado los que achacan las mayores botaratas a los que rodean al botarate, a su cotarro, si es que no las disculpan. Esperan que escarmentado a fuerza de tolondros el atolondrado les llame a ellos.

¿Qué cosas les hemos oído a estos... sujetos! ¿Qué consejos los suyos! ¡Pobres hombres! ¡Sí, pobres hombres!

"¿Para cuando la protesta viril, el grito?",—nos preguntaba hace poco un entusiasta—. Y le contestamos: "Ay, amigo, los que usted y yo creemos que debieran protestar, gritar, vociferar los primeros no lo hacen porque se están preguntando quiénes vendrán después, a quiénes se llamará y quien les llamará."

¡Pobres capacidades!



**DON MIGUEL DE UNAMUNO**  
He aquí el cirujano de hierro que pedía Costa para salvar a España.